

MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
CON MOTIVO DE LA SEXAGESIMA CUARTA CONVENCION
DE LA FRATERNIDAD PHI ETA MU

16 DE AGOSTO DE 1987

Quiero que mis primeras palabras en esta inspiradora ocasión -que reúne para tantos de nosotros recuerdos imborrables, realidades retadoras y esperanzas futuras- vayan adonde tienen que ir: dirigidas como testimonio de agradecimiento y admiración a Don Pelayo Román Benítez, nuestro querido fundador y mi entrañable amigo y hermano mayor. Don Pelayo fue una de las seis voluntades recias, una de los seis almas inquietas, que fundaron la Phi Eta Mu hace 64 años ya, quien además por un par de décadas fue juez de distrito y juez superior, cargos desde los cuales hizo brillar su compromiso con la justicia, el honor, la integridad y el servicio público.

Con el atrevimiento que nace de lo que aquí sobra -la buena fe, la mejor voluntad y el entendimiento total- me permito recomendarle a los organismos rectores de la Fraternidad la creación de un reconocimiento fraternal especial, que lleve el

nombre de Don Pelayo, y que se le otorgue sólo a aquellos hermanos que desplieguen con altura y profundidad la combinación versátil y multiplicadora de compromiso con servicios a la patria y generosidad de espíritu que ha caracterizado a Don Pelayo a lo largo de su vida productiva.

El 7 de julio de 1980 en carta que dirigí a Héctor Huyke Colón le dije lo siguiente: "La Phi Eta Mu ha sido parte mi vida desde 1953 y será parte de mí por el resto de mi vida."

Nada ha ocurrido desde esa fecha hasta hoy para alterar ese sentir; de hecho, y a manera adicional de agradecimiento por el reconocimiento que tan gentilmente nos han extendido, le pongo aquí, ante ustedes y sin reservas, comillas a esa frase.

Me inicié en el Capítulo Delta en Washington junto, entre otros, a Dionisio Trigo, Pito Castillo, Enrique Vasallo, José María Zuloeta, Juan Albors, Acisclo Marxuach, Arsenio Comas y Salvador Casellas.

Washington -y Baltimore, donde yo estudiaba en la Universidad de Johns Hopkins- estaban localizados,

en términos geográficos para esa época, exactamente donde están ahora.

Pero, la distancia de allí a Puerto Rico sobre la base de tiempo, contacto, emociones y comunicaciones era, literalmente, decenas de veces más lejos de lo que es ahora. En ese ambiente de juventud, de formación de personalidad, de comienzo de la educación superior y de vivir una vez más fuera del hogar fue que conocí y empecé a entender la Phi Eta.

Mis amigos más cercanos eran los hermanos; y el núcleo fraternal era una fuente de solidaridad y compañerismo, de convivir y compartir; de estar lado a lado, de velarnos las espaldas y de hablarnos frente a frente.

La ciencia y la esencia de eso -que es el arte que hace eso aparte- y según me pude ir percatando en el flujo y reflujo de las experiencias, era y es, la confianza absoluta entre los fraternos: ese sentido de fe recíproca, de comprensión, tolerancia y respeto libre y espontáneo.

Confucio dijo que "un viaje de mil millas comienza con un paso", quizás, ahí está la lección que dá la Phi Eta: la Fraternidad, a priori, tumba las paredes que muchas veces impiden el primer paso común tan indispensable entre personas o grupos, las paredes que impiden muchas veces que esas personas o grupos puedan tirar cimientos y levantar columnas, techos y estructuras que reflejen compromisos comunes con valores permanentes.

Puerto Rico es, y somos, nosotros mismos; unidos por historia, retos y perspectivas y reivindicaciones sociales que ya no se pueden posponer.

Todos tenemos que aprender a buscar el centro de acción y el balance de entendimiento que siempre deben ser, patrióticamente, nuestro llamado esencial al pensamiento y al esfuerzo y a aquella confrontación que sea tan genuina como indispensable.

Si logramos definir ese punto -que ni es fácil, ni imposible, paso que es mucho más fácil que imposible, entonces será mucho más eficiente, por llamarla así, la ruta que nos lleva a entendernos

entre sí, a respetar lo que nos diferencia y a seguir pa'lante.

En ese ajedrez patriótico, el servidor público puertorriqueño, individual y colectivamente, es ficha clave: rey y reina y torre, más o menos--más que menos.

Pero, yo personalmente, entiendo que el tablero de responsabilidades puertorriqueña es mucho más amplio --porque, para mí, el concepto de servidor público es mucho más amplio.

Servicio público es gobierno, claro está; pero servicio público también, es el ciudadano responsable, el profesional ejemplar, el educador orgulloso y el estudiante conciente; es también, el deportista que nos añade orgullo nacional; la madre, el padre, el hijo y la hija que dan ejemplo de lo que es una familia como Dios manda -y es, además, la suma de todo eso: las tradiciones, los valores, la cultura, las actitudes, que nos unen y los retos que piden la expansión de nuestros esfuerzos.

En otras palabras, obviamente más claras y elocuentes que las mías, "la fuerza está en el país" - como dijo Muñoz Rivera.

La Phi Eta Mu es parte del país y a lo que puede ayudar es a unir su fuerza, a dar, como dije ya, ejemplo de entendimiento, de amistad y de amor -de lo que hay que hacer antes de nada, para poder hacer lo que hay que hacer después de todo.

La Phi Eta Mu no es perfecta, pero la Phi Eta no se rinde: al punto de cumplir 65 años de edad el año que viene, se siente jubilosa, no lista para la jubilación.

-Sigamos empujando hacia arriba y hacia adelante.

-Sigamos la consistencia del Pinto Miranda, quien nunca me ha prestado siquiera un voto, y que la última vez que se lo pedí me dijo: "Ay, deja eso, Rafael"

-Sigamos las buenas relaciones que existían entre arrendador y arrendatario, entre Carlos Romero Barceló y este servidor -no se cuántos de ustedes

sabían que Carlos fue inquilino en mi propiedad de Sol #1 en el Viejo San Juan- por algún tiempo.

-Sigamos las buenas relaciones entre dos condiscípulos de la clase de 1959 de la Escuela de Derecho de la Universidad de Puerto Rico -Baltazar Corrada y este amigo de ustedes.

-Sigamos abonando los contrastes que vive, sufre y goza la Phi Eta:

-la autonomía de su gente y la cohesión general

-las diversas personalidades con los propósitos comunes

-los principios sólidos con los métodos flexibles

-la juventud y la experiencia

-el frío de las decepciones con el calor humano

Quiero decirles, que mi casa es la de ustedes y que la de ustedes es mía, porque la Phi Eta Mu es la casa de todos nosotros- de un ejemplo que queremos darle a nuestro buen pueblo puertorriqueño.

Termino mis palabras ahora con orgullo y con un llamado; orgullo por lo que la Phi Eta Mu ha hecho; llamado a hacer lo que falta por hacer; eso con la elegancia que los logros nos han dado y la naturalidad de la humildad a que esos logros obligan.

Un abrazo, mis hermanos y hermanas, un abrazo a todos.

